

hambre producía los mayores estragos, y cuando el precio del trigo se había encarecido á punto de valer á mas de 400 reales la fanega.

Consecuencia necesaria tamaña escasez del agolpamiento de muchas causas. Había sido la cosecha casi ninguna; y despues del guerrear y de los muchos recargos, teniendo por costumbre el ejército enemigo embargar para acarreos y trasportes las caballerías de cualquiera clase que fuesen, y robar sus soldados en las marchas las que por ventura quedaban libres, vínose al caso de que desapareciese casi completamente el tráfico interior, y de que las Andalucías, en el desconcierto de su administración, ofreciesen una imágen mas espantosa que la de otras provincias del reino.

Objetos de bellas artes llevados de las mismas provincias.

A tanta ruina y aniquilamiento, juntóse el desconsuelo de ver despojados los conventos y los templos de las galas y arreo que les daban las producciones del arte, debidas al diestro y delicado pincel de los Murillos y Zurbaranes. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió mas particularmente la solícita diligencia de la codiciosa mano del conquistador, habiéndose reunido en el alcázar una comision imperial con el objeto de recoger para el museo de Paris los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Cúpoles esta suerte á ocho lienzos históricos que había pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se practican. Aconteció

lo mismo al Santo Tomas de Zurbaran, colocado en el colegio de religiosos dominicos, y al San Bruno del mismo autor que pertenecía á la cartuja de las Cuevas de Triana, con otros muchos y sobresalientes, cuya enumeracion no toca á este lugar.

Al ver la abundancia de cuadros acopiados, y la riqueza que resultaba de la escudriñadora tarea de la comision, despertóse en el mariscal Sout el deseo vehemente de adquirir algunos de los mas afamados. Sobresalian entre ellos dos de Bartolomé Murillo, á saber; el llamado de la Virgen del reposo, y el que representaba el nacimiento de la misma divina Señora. Hallábase el último en el testero á espaldas del altar mayor de la catedral, á donde le habían trasladado á principios del corriente siglo por insinuacion de Don Juan Cean, sacándole de un sitio en que carecía de buena luz. Gozando ahora de ella, creció la celebridad del cuadro, y aun la devocion de los fieles, excitada en gran manera por el interes mismo del argumento, y por el gusto y primores que brillan en la ejecucion; los cuales acreditan¹ (segun la expresion de Palomino) „la eminencia del pincel de tan superior „artífice.”

[1 Ap. n. 7.]

Han creido algunos que el cabildo de Sevilla hiciera un presente con aquel cuadro al mariscal Sout; mas se han equivocado, á no ser que diesen ese nombre á un don forzoso. Habian los capitulares ocultado dicho cuadro recelosos de que se lo arrebataren; precaucion que fué en su daño, porque

sabedor el mariscal frances de lo sucedido, mandó reponerle en su sitio, y en seguida dió á entender sin disfraz, por medio de su mayordomo, al tesoro de la iglesia Don Juan de Pradas, que le queria para sí, con otros que especificó, y que si se los negaban mandaria á buscarlos. Conferenció el cabildo, y resolvió dar de grado lo que de otro modo hubiera tenido que entregar por fuerza.

Los cuadros que se llevó el mariscal Soult no han vuelto á España, ni es probable vuelvan nunca. Se recobraron en 1815 del museo de Paris varios de los que pertenecian á establecimientos públicos, entre los cuales se contaron los de la Caridad, restituidos á aquella casa, excepto el de Santa Isabel, que se ha conservado en la academia de San Fernando de Madrid. Con eso los moradores de Sevilla han podido ufanos continuar mostrando obras maestras de sus pintores, y no limitarse á enseñar tan solo, cual en otro tiempo los sicilianos, los lugares que aquellas ocupaban ántes de la irrupcion francesa.

sigue su retirada Soult.

Yendo, pues, de marcha á Murcia y Valencia el mariscal Soult, y unidas con él las tropas del general Drouet, aproximándose al mismo punto las mandadas por José en persona, y tratando unos y otros de incorporarse al ejército de la corona de Aragon que regia el mariscal Suchet; nos parece, ántes de pasar adelante, ocasion oportuna esta de referir lo que ocurrió durante estos meses en aquellas provincias.

Inquietaba especialmente á Suchet el arribo que se anunciaba, y ya indicamos, de una escuadra anglo-siciliana procedente de Palermo. En julio creyó el mariscal ser buques de ella unos que por el 20 del propio mes se presentaron á la vista de Denia y Cullera, entre la Albufera y la desembocadura del Júcar, pues bastóle el aviso para abandonar los confines de Valencia y Cuenca aunque invadidos por Villacampa y Bassecourt, y reconcentrar sus fuerzas hácia la costa. Sin embargo, el amago no provenia aun de la expedicion que se temia, sino de un plan de ataque que trataban de ejecutar los españoles. Hábiale concebido Don José Odonell, general como ántes del segundo y tercero ejército, y para llevarle á efecto habia juzgado conveniente amenazar la costa con un gran número de bajeles españoles é ingleses; con cuya aparicion, si bien no iban á bordo mas tropas que el regimiento de Mallorca, se distrajesé la atencion del enemigo, y fuese mas fácil acometer por tierra al general Harispe que gobernaba la vanguardia francesa colocada en primera linea, vía de Alicante.

Acontecimientos en Valencia.

Era en los mismos dias de julio cuando intentaba el general español atacar á los enemigos. En cuatro trozos distribuyó su gente, cuyo número ascendia á 12.000 hombres. El ala derecha, que se componia de uno de los dichos trozos, bajo el mando de Don Felipe Roche, se alojaba entre Ibi y Jijona. Otro, formando el centro, acampaba á media legua de Castalla, y le regia el brigadier Don Luis

La accion de Castalla.

Michelena. Servia de reserva el tercero á las órdenes del conde del Montijo, á una legua á retaguardia en la venta de Tibi. El cuarto y último trozo, que era el ala izquierda, constaba de infantería y caballería: dependía aquella del coronel Don Fernando Miyares, y esta del coronel Santistevan, situándose los peones en Petrel, y los ginetes en Villena: parece ser que los postreros tuvieron orden de ponerse entre Sax y Biar, y no donde lo verificaron, para caer sobre Ibi si los enemigos abandonaban el pueblo. Don Luis Bassecourt por su lado vino con la tercera division del segundo ejército sobre la retaguardia de los franceses.

Habiendo agolpado Suchet mucha de su gente hácia la costa para observar la escuadra que se divisaba, no quedaban por los puntos que los nuestros se disponian á atacar, sino fuerzas poco considerables: en Alcoy una reserva á cuya cabeza permanecia el general Harispe; en Ibi una brigada de este á las inmediatas órdenes del coronel Mesclop, estando avanzado hácia Castilla con el séptimo regimiento de línea el general Delort: acantonábase el veinticuatro de dragones en Onil y Biar.

Rompieron los nuestros la acometida en la mañana del 21. Repelido Mesclop por las tropas de Roche, trató de buscar amparo al lado de Delort dejando en el frente de Ibi 2 cañones y algunas compañías. Mas acometido tambien el mismo Delort por nuestra izquierda y centro, se vió obligado á desamparar á Castilla, cuyo pueblo atravesó Mi-

chelena; situándose el frances en un parage mas próximo á Ibi, y dándose así la mano con Mesclop, aguardó de firme á que se juntasen los dragones. Verificado lo cual, y advirtiendo que los españoles se mostraban confiados por el éxito de su primer avance, tomó la ofensiva, y dispuso que saliendo sus ginetes de los olivares acometiesen á nuestros batallones no apoyados por la caballería; con lo que consiguió desbaratarlos y aun acuchillar algunas tropas del centro. En balde intentó la reserva protegerlos: el enemigo se apoderó de una batería compuesta de solo 2 cañones por no haber llegado los demas á tiempo, y cogió prisionero á un batallon de Walones abandonado por otro de Badajoz: retiróse en buena ordenanza el de Cuenca, que dió lugar á que se le reuniesen 2 escuadrones del segundo regimiento provisional de línea, únicos que presenciaron la accion, si bien fueron tambien deshechos.

Desembarazados los enemigos por el lado de Castilla, tornó Mesclop á Ibi, y arremetió á los nuestros del mando de Roche. Recibieron los españoles con serenidad la acometida, y aun permanecieron inmóbles, hasta que acudiendo de Alcoy el general Harispe con un regimiento de refresco, se fueron retirando con bastante orden por el pais quebrado y de sierra que conduce á Alicante, en donde entraron sin particular contratiempo. Perdieron los españoles en tan desastrosa jornada 2,796 prisioneros, mas de 800 entre muertos y heridos, 2 cañones, 3 banderas, fusiles y bastantes municiones.

Mengua y baldon cayó sobre Don José Odonnell, ya por haberse acelerado á atacar estando en vísperas de que aportase á Alicante la division anglo-siciliana, ya por sus disposiciones mal concertadas, y ya porque afirmaban muchos haber desaparecido de la accion en el trance mas apretado.

Hubo tambien quien echase la culpa al coronel Santistéban, por no haber acudido oportunamente con su caballería; y acreditó en verdad impericia extrema el no haber calculado de antemano los tropezos que encontraría la artillería para llegar á tiempo, hallándose nuestro ejército en terreno que á palmas debian conocer sus gefes.

Indignados todos, y reclamando severa aplicacion de las leyes militares, tuvo necesidad la regencia de mandar se „formase causa á fin de averiguar los incidentes que motivaron la desgracia „de Castalla.”

Discusiones
sobre esto en
las córtes.

No poco contribuyó á esta resolucion el desabrimiento y enojo que mostraron los diputados de Valencia, acabando por provocar en las córtes discusiones empeñadas y muy reñidas. Clamaron con vehemencia en la sesion del 17 de agosto contra tan vergonzosa rota los señores Traver y Villanueva, y en el caluroso fervor del debate acusaron á la regencia de omision y descuido, habiendo quien intentase ponerla en juicio. En enero habian pedido aquellos diputados se mudasen los gefes autorizando ampliamente á los que se nombrasen de nuevo, y aun habian indicado las personas que serian gra-

tas á la provincia. La regencia se habia conformado con la propuesta de los diputados de dar plenas facultades á los gefes, mas no con la que hicieron respecto de las personas; disposicion notable y arriesgada, si se advierte que el general en gefe y el intendente del ejército eran los señores Odonnell y Rivas, hermanos ambos de dos regentes. Hizo resaltar este hecho en su discurso el señor Traver, y por eso, y arrastrado de inconsiderado ardor, llegó á expresar „que no mereciéndole el gobierno „confianza, los comisionados que se nombrasen para la averiguacion de lo ocurrido en la accion del „21 de julio, fuesen precisamente del seno de las „córtes.”

Concurrió tambien para enardecer los ánimos la poca destreza con que el ministro de la guerra, no acostumbrado á las luchas parlamentarias, defendió las medidas tomadas por la regencia; y el haber acontecido á la propia sazon la batalla de Salamanca, cuyas glorias hacian contraste con aquellas lástimas de Castalla: por lo que aquejado de agudo dolor exclamó un diputado ser bochornoso y de gran deshonra „que al mismo tiempo que naciones extranjeras lidiaban afortunadamente por „nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Salamanca, huyesen nuestros soldados con „baldon de un ejército inferior en Castalla y sus in„mediaciones.”

Las córtes, aunque no se conformaron con la opinion del señor Traver en cuanto á que individuos

Resoluciones
de las córtes.

de su seno entrasen en la averiguacion de lo ocurrido, resolvieron, oida la comision de guerra, que la regencia mandase formar la sumaria correspondiente sobre la jornada de Castalla, empezando por examinar la conducta del general en gefe; de todo lo cual debia darse cuenta á las córtes con copia certificada. Ordenaron tambien estas que se continuase y concluyese el proceso á la mayor brevedad, desaprobando el que se hubiese nombrado á Don José Odonnell general de una reserva que iba á organizarse en la Isla de Leon, segun lo habia verificado ya la regencia incauta é irreflexivamente.

Entrometíanse las córtes adoptando semejante providencia mas allá de lo que era propio de sus facultades: desacuerdo que solo disculpaban las circunstancias y el anhelo de apaciguar los ánimos sobradamente alterados. Consiguióse este objeto; mas no el que se refrenase con la conveniente severidad el escándalo que se habia dado en Castalla, puesto que al son de las demas terminó la presente causa: siendo grave y muy arraigado mal este de España, en donde casi siempre caminan á la par la falta de castigo y la arbitrariedad; y hasta que ambos extremos no desaparezcan de nuestro suelo, nunca lucirán para él dias de felicidad verdadera.

El golpe disparado contra Don José Odonnell hizo de rechazo á su hermano Don Enrique, conde del (*) Abisbal, regente del reino, quien agraviado de algunas palabras que se soltaron en la discusion,

Renuncia
que hace del
cargo de re-
gente el con-
de del Abis-
bal.

correspondiente
entre el con-
de del Abisbal.

NOTA. (*) *Del Abisbal*. Escribimos así este nombre,

juzgó comprometido su honor y su buen nombre si no hacia dejacion de su cargo, como lo verificó por medio de una exposicion que elevó á las córtes.

Varios diputados, especialmente los mas distinguidos entre los de la opinion reformadora, se negaban á admitir la renuncia del Don Enrique, conceptuándole el mas entendido de los regentes en asuntos de guerra, empeñado cual ninguno en la causa nacional, no desafecto á las mudanzas políticas y de difícil substitucion, atendida la escasez de hombres verdaderamente repúblicos. Muchos de la parcialidad antireformadora y los americanos fueron de distinto dictámen: estos llevados siempre del mal ánimo de desnudar al gobierno de todo lo que le diese brio y fortaleza, aquellos por creer al del Abisbal hombre de partes aventajadas y de arrojo bastante para avalanzarse por las nuevas sendas que se abrian á la ambicion honrosa. Hubo tambien diputados que, sensibles por una parte á lo de Castalla, de cuya infeliz jornada achacaban alguna culpa á Don Enrique por el tenaz empeño de conservar á su hermano en el mando, y enojados por otra de que se mostrase tan poco sufrido de cualquiera desvío inoportuno, ó personalidad ofensiva que hubiese ocurrido en la discusion, se armaron al dictámen de los que querian aceptar la dimision que voluntariamente se ofrecia: lo cual se porque comunmente se firmaba de ese modo *El conde del Abisbal*; mas el pueblo de donde tomó el título, en Cataluña, se escribe *La Bisbal*.

Se la admiten las córtes.

verificó por una gran mayoría de votos en sesión celebrada en secreto. Esta resolución apesadumbró al conde del Abisbal, quien arrepentido de la renuncia dada, hizo gestiones para enmendar lo hecho. A este fin nos habló entónces el mismo conde; mas era ya tarde para borrar en las córtes el mal efecto que habia producido su exposicion poco meditada.

Nació discordancia en los pareceres acerca de la persona que deberia suceder al conde del Abisbal, distribuyéndose los mas de los votos entre Don Juan Perez Villamil y Don Pedro Gómez Labrador, recién llegados ambos de Francia, en donde los habian tenido largo tiempo mal de su grado. El primero volvia con permiso de aquel gobierno; el segundo, escapado y á escondidas de la policia imperial. Humanista distinguido Villamil, y erudito jurisconsulto al paso que magistrado íntegro y adicto á la causa de la independenciam, como autor que fué, segun apuntamos, del célebre aviso que dió el alcalde de Móstoles en 1808 á las provincias del medio dia, disfrutaba de buen concepto entre los ilustrados, realzado ahora con su presentacion en Cádiz. Pues si bien tornó á Madrid de Francia con la correspondiente licencia de la policia, y bajo el pretexto de continuar una traduccion que habia empezado años ántes del Columela, mantuvo intacta su reputacion, y aun la acreció con haber usado de aquel ardid solo para correr á unirse al gobierno legítimo. No obstante, los que tuvieron ocasion

Nómbra-
se regente á
Don Juan Pe-
rez Villamil.

de tratarle á su llegada á Cádiz, advirtieron la gran repugnancia que le asistia en aprobar las innovaciones hechas, y su inalterable apego á rancias doctrinas y á la gobernacion de los consejos, tan opuestos á las córtes y sus providencias. Por eso, desconfiando de él la parcialidad reformadora, no pensó en nombrarle, sino que al contrario, fijó sus miras en Don Pedro Gomez Labrador, á quien se reputaba hombre firme despues de las conferencias de Bayona, en las que, segun dijimos, tuvo intervencion, y se le creia ademas sugeto de luces é inclinado á ideas modernas; principalmente viendo que le sostenian sus antiguos condiscipulos de la universidad de Salamanca, de que varios eran diputados, y alguno, como Don Antonio Oliverus, tan amigo suyo, que meses ántes anduvo allegando dineros en Cádiz para facilitarle la evasion y el costo del viage. El tiempo probó lo errado de semejante juicio.

Disputóse de consiguiente la eleccion; pero vencieron en fin los antireformadores, quedando electo regente, aunque por una mayoría cortísima, Don Juan Perez Villamil, quien tomó posesion de su dignidad el 29 de septiembre de este año de 1812. La experiencia acreditó muy luego que el partido liberal no se habia equivocado en el concepto que de él formara; bien que al prestar Villamil en el seno de las córtes el juramento debido, manifestó entre otras cosas ¹ „que le alentaba la confianza de „que le facilitaria su desempeño en tan ardua car-

Jura Villamil.

[1. Ap. n. S. I.]

„rera el rumbo señalado ya de un modo claro y distinto por los rectos y luminosos principios del admirable código constitucional que las córtes acababan de dar á la nacion española.” Expresiones que salieron solo de los labios, y cuya falsía no tardó en mostrarse.

Volvamos á Valencia. Allí en medio de la afliccion que produjo el desastre de Castalla, repusieronse los ánimos con la pronta llegada de la expedicion anglo-siciliana ya enunciada. Habia salido de Palermo en junio: constaba de 6,000 hombres sin caballería á las órdenes del teniente general Tomas Maitland, y la convoyaban buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando del contra-almirante Hallowell. Arribó á Mahon á mediados del propio mes. Debia reunírsele, como lo verificó, la division que formaba en Mallorca el general Whittingham, de composicion muy varia y no la mas escogida, cuya fuerza no pasaba de 4,500 hombres. Tomadas diferentes disposiciones, y juntas todas las tropas, salió de nuevo la expedicion á la mar en los últimos dias de julio, y ancló el 1.º de agosto en las costas de Cataluña hácia la boca del Tordera.

Dió señales Maitland de querer desembarcar; pero dejó de realizarlo, conferenciado que hubo con Eroles, quien se acercó allí autorizado por el general en gefe Don Luis Lacy. Temian los gefes del principado no llamase sobradamente la atencion del enemigo la presencia de aquellas fuerzas, en espe-

Expedicion
anglo-siciliana.

Se le junta la
division de
Whittingham

cial siendo inglesas, y preferian continuar guerreando solos como hasta entónces, á recibir auxilio extraño; por lo cual aconsejaron á Maitland dirigiese el rumbo á Alicante, cuya plaza pudiera ser amenazada despues de lo acaecido en Castalla. Parecióronle fundadas al general ingles las razones de los nuestros, y levando el ancla surgió el 9 de agosto con su escuadra en Alicante, saltando sus tropas en tierra al dia siguiente.

A poco, saliendo los aliados de aquel punto, avanzaron, y Suchet juzgó prudente reconcentrar sus fuerzas al rededor de San Felipe de Játiva, en cuya ciudad estableció sus cuarteles, engrosado con gente suya de Cataluña, y con dos regimientos que de Teruel le trajo el general Páris. Levantó en San Felipe obras de campaña, y construyó sobre el Júcar cerca de Alberique un puente de barcas. Era su propósito no retirarse sin combatir, á no ser que le atacasen superiores fuerzas.

Pudieron luego desvanecerse cualesquiera recelos que le inquietaran, porque el 19 volvieron á replegarse los aliados sobre Alicante, noticiosos de que se acercaba al reino de Valencia José con su ejército del centro. Súpolo Suchet el 23, y mas alentado mandó al general Harispe que se adelantase camino de Madrid para facilitar los movimientos del intruso. El 25 estaban ya reunidos todos; verificando en breve lo mismo, aunque muy mal parado, el general Maupoint, quien saliendo de Madrid con un regimiento de línea y algunos húsares,

Desembarca
la expedicion
en Alicante.

Algunas ma-
niobras y su-
cesos.

y habiendo libertado en su paso á Valencia la guarnición de Cuenca estrechada de los nuestros, vióse acometido cerca del rio Utiel por Don Pedro Villacampa, y deshecho con pérdida de 2 cañones, de los bagages y de mas de 300 hombres.

Entra José
en Valencia.

Las fuerzas que traia José se componian de las divisiones de los generales Darmagnac y Treillard; de muchos destacamentos y depósitos de los ejércitos suyos de Portugal, del centro y del medio dia; de la division de Palombini, y de algunos cuerpos españoles á su servicio, inclusa su guardia real, ascendiendo la totalidad á unos 12,000 combatientes. Los militares inválidos, los empleados y los que seguian á aquel ejército por sus compromisos aumentaban mucho la cuenta, subiendo el consumo á 40,000 raciones de víveres, y á 10,000 de paja y cebada. José entró en Valencia el 26 de agosto, esmerándose el mariscal Suchet en el recibo que le preparó.

Llega Sout
al reino de
Valencia.

Acrecidos en tan gran manera por esta parte los medios del enemigo, dificultoso era tomasen los aliados la ofensiva, y así muchas de sus fuerzas mantuviéronse en Alicante; otras emprendieron acometimientos y correrías hácia la Mancha, en donde se juntaron con el general Hill: obligaban las circunstancias á obrar cada dia mas precavidamente. El mariscal Sout había ido adelantándose hácia el reino de Valencia por el camino de Cíezar, despues de haber pasado el Segura en Calasparra. Su ejército había padecido bastante; pues

atunque no le molestaron los españoles, desamparando los moradores sus hogares, le escasearon mucho los mantenimientos y demas auxilios.

Púsose este en comunicacion el 2 de octubre con los ejércitos de Suchet y el centro, ocupando las estancias de Yecla, Albacete, Almansa y Jorquera. Pidió el mariscal Sout al rey José unos dias de reposo, indispensable para sus tropas harto cansadas, y conveniente para meditar con detencion el plan que debía adoptarse en dias apurados como los que corrian.

Entre tanto aquel mariscal no dejó ociosa una parte de su ejército, pues dió orden á Drouet, conde d'Erlon, gefe del quinto cuerpo y ahora tambien de la vanguardia, de que se apoderase del castillo de Chinchilla, antiguo y de poco valer, guarnecido por 200 hombres que capitaneaba el teniente coronel de ingenieros Don Juan Antonio Cearra. En 3 de octubre embistieron los franceses el recinto, y abrieron brecha al cabo de pocos dias. Mantúvose el gobernádor sordo á las propuestas que se le hicieron de rendirse, insistiendo en su negativa, hasta que el dia 8 tuvo la mala suerte de que cayese un rayo y le hiriese, matando ó lastimando á unos 50 de sus soldados. Forzoso se hizo entónces el capitular; pero se verificó con honor, y dejando sin mancilla el lustre de nuestras armas.

Acomete
Drouet al casti-
llo de Chin-
chilla.

Le toma.

En los primeros dias de septiembre había tomado el mando del segundo y tercer ejército, como sucesor de Don José Odonnell, el general Don Fran-
Tomo VI.

Éllo sucede á Don José Odonnell en el mando del segundo y tercer ejército.

Excursiones suyas en la Mancha.

Medidas de precaucion de Suchet.

cisco Javier Elío, de vuelta á España del mando, que vimos se le habia dado en el Rio de la Plata. Aunque su llegada no influyese notablemente en mejorar las operaciones de aquel distrito, no dejaron por eso de realizarse con ventaja algunas excursiones, sobre todo las ya indicadas de la Mancha que capitaneó el mismo Elío, en donde se recobró el 22 de septiembre el castillo de Consuegra, que tenia 290 hombres de guarnicion, despues de siete dias de resistencia esforzada. Suceso este con otros parecidos que molestaban al frances, no parando sin embargo en ellos su principal consideracion, fija en los acontecimientos mas generales de los ejércitos aliados de Castilla; por los que vislumbrando el mariscal Suchet los peligros á que se hallaria expuesto mas adelante, redobló su cuidado ya tan vivo, fortificando varios pasos y avituallando y mejorando las plazas fuertes. Ni desatendió la ciudad misma de Valencia, en donde entre otros preparativos y defensas dispuso aislar el edificio de la aduana vasto y sólido, derribando una iglesia que le dominaba, y colocando ademas unos morteros que infundiesen respeto en la poblacion, caso de que intentara desmandarse. Llevaba Suchet la mira, al tomar estas providencias, no solo de repeler cualquier ataque del ejército aliado y de enfrenar á los habitadores, sino tambien la de conservar ciertos puntos que le ofreciesen mayor comodidad de reconquistar la provincia, si las vicisitudes de la guerra le obligasen á evacuarla momentáneamente.

Sucesos de Aragon.

No fueron por este tiempo de mayor entidad, comparadas con las de ambas Castillas y Andalucía, las ocurrencias de las otras provincias del mando del mariscal Suchet, como lo eran Aragon y Cataluña. Incesantes peleas, reencuentros, sorpresas dificiles de relatar, si bien inquietadoras para el enemigo, fueron el entretenimiento afanoso y bélico de aquellas comarcas: y la regencia, descoisa de darle impulso, multiplicando focos de resistencia, nombró comandante general de Aragon á Don Pedro Sarsfield, á cuyo reino pasó este desde Cataluña acompañado de algunos cuadros del ejército bien aguerridos y disciplinados. En su primera incursion avanzó Sarsfield á Barbastro, entró en la ciudad el 28 de septiembre, y se hizo dueño de los muchos repuestos que habia acopiado allí el enemigo. En los otros meses hasta fin del año este gefe, Mina y otros partidarios desasosegaron mucho al enemigo por la izquierda del Ebro, y por la derecha Gayan, Villacampa, y en ocasiones Duran, el Empecinado y diversos caudillos no cesaron de maniobrar poniendo en aprieto en diciembre á los que guarnecian el castillo de Daroca, y en mucho riesgo de perderse al general Severoli al frente de una columna bastante considerable. Zaragoza misma en donde continuaba mandando el general París, estuvo á punto mas de una vez de caer en manos de los españoles.

En Cataluña procuraba Don Luis Lacy que no se abatiese el valor de los habitantes, dando pábulo

Sucesos en Cataluña.

al ardimiento comun en cuanto lo consentian sus recursos, cada dia mas limitados con la pérdida de las plazas fuertes y principales puertos, y no teniendo apenas otro abrigo ni apoyo mas que el de la lealtad y constancia catalanas.

Eroles, Manso, Milans y otros gefes sostenian la lucha con el mismo brio que ántes; favoreciendo las empresas, siempre que eran del lado de la costa, el comodoro ingles Codrington que surcaba por aquellos mares, é incendió y cogió varios buques surtos en el puerto de Tarragona. Frecuentemente encrucelábase la guerra por ambas partes, sin haber causa fundada que disculpase encarnizamiento tan porfiado. Era sin embargo por lo comun primer móvil de los rigores mas inhumanos el gobernador frances de Lérida, Henriod, en otra ocasion citado, á cuyas demasías respondia y á veces con sobras Don Luis Lacy. Cierta que inquietaban con razon á los franceses continuadas tramas; mas un leve indicio, una delacion infame ó una mera cavilacion bastaban á menudo para sumir en calabozos y aun para llevar al cadalso á respetables ciudadanos. Nos inclinamos á contar en las de este número una conspiracion preconizada por el general Decaen, que dió lugar á la prision del comerciante de Barcelona Don José Baiges y de otros veintidos individuos. Imputábaseles el crimen de querer envenenar la guarnicion entera de aquella plaza: atrocidad que á ser cierta hubiera merecido un ejemplar castigo; pero á la cual no dió crédito Don Luis

Lacy, y la conceptuó invencion de la malevolencia, ó traza buscada de intento para deshacerse de los que por su patriotismo y arrojo causaban sombra á los invasores y sus secuaces: razon que le impelió á publicar con toda solemnidad un decreto mandando tratar con la misma severidad con que fuesen tratados los últimamente perseguidos en Barcelona á otro igual número de prisioneros franceses. La amepaza impidió se verificasen posteriores procedimientos por ambas partes; y duélenos ver empleados á guerreros ilustres en retos tan carniceros é impropios de la noble profesion de las armas.

Páginas mas gloriosas, si bien deslustradas alguna vez, va ahora á desdoblarse la historia, refiriendo las campañas sucesivas de Lord Wellington, importantes y de pujanza para acabar de afianzar la libertad española. Recordará el lector que anunciamos en otro lugar haber salido aquel caudillo de Madrid el 1.º de septiembre con direccion á Arévalo, en donde habia mandado reunir sus principales fuerzas. Le acompañaron en sus marchas las divisiones de su ejército primera, quinta, sexta y séptima, quedando en Madrid y sus cercanías la tercera con la ligera y cuarta.

Al aproximarse los anglo-portugueses, evacuaron los enemigos á Valladolid, cuya ciudad habian ocupado de nuevo, entrando Clausel en Búrgos ya de retirada el 17 del propio septiembre. No continuó este mandando su gente largo tiempo; pues reuniéndosele luego que salió de Búrgos el general Souham

Situacion
de Lord Wel-
lington en
Castilla la
Vieja.

Avanza f.
Búrgos.

con 9,000 infantes del ejército del Norte, se encargó al último la dirección en jefe de toda esta fuerza.

Se le renne
el sexto ejér-
cito español,

Habían proseguido su movimiento las tropas aliadas, y el 16 juntóseles el sexto ejército español entre los pueblos de Villanueva de las Carretas, Pampliega y Villazopeque. Capitaneábalo Don Francisco Javier Castaños, y habíase ocupado mucho en su organización y mejora el general jefe de estado mayor Don Pedro Agustín Giron. Consta de su fuerza de unos 16,000 hombres, según arriba indicamos.

Entran los
aliados en
Búrgos.

Pisaron los aliados las calles de Búrgos el 18 de septiembre, acogiéndolos el vecindario con las usuales aclamaciones, turbadas un instante por desmanes de algunos guerrilleros que no tardó en reprimir Don Miguel de Alava.

Atacan el
castillo.

El 19 procedieron los aliados á embestir el castillo de Búrgos, circuido de obras y nuevas fortificaciones. Para ello colocaron una división á la izquierda del Arlanzon, é hicieron que otras dos con dos brigadas portuguesas vadeasen este río y se aproximasen á los fuertes, arrojando á los enemigos de unas flechas avanzadas. Situóse en el camino real lo demás del ejército para cubrir el ataque.

En la antigüedad era este castillo robusto, magestuoso, casi inaccesible; y fortalecióse en gran manera Don Enrique II, el de las mercedes: arruinándose los muros notablemente en la resistencia empeñada que dentro de él, y contra los reyes católicos hizo la bandería que llevaba el nombre del

rey de Portugal. Mandóse, no obstante, reedificar la reina Doña Isabel, y todavía se mantenía en pie cuando por los años de 1736 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, sin que nadie se moviese á apagar las llamas, cuya voracidad duró algunos días. Domina el castillo los puntos y cerros que se elevan en su derredor, excepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima habían construido los franceses un hornabeque muy espacioso. Los antiguos muros del castillo eran bastante sólidos para sostener cañones de grueso calibre, y en una de las principales torres levantaron los franceses una batería acamataada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, edificio mas bien embarazoso que propio para la defensa. Componíase la guarnición de 2 á 3,000 hombres, y la mandaba el general Du Breton.

Fiados los ingleses en su valor y en los defectos que notaron en la construcción de las obras, resolvieron tomarlas por asalto unas tras otras, empezando por el hornabeque de San Miguel, enseñoreador de todas ellas. Consiguieron apoderarse de este recinto en la noche del 19 al 20 de septiembre, si bien á costa de sangre, y con la desventura de no haber podido impedir la escapada furtiva de la guarnición francesa que se acogió al castillo, cuyas murallas pensaron los aliados acometer inmediatamente, casi seguros de coronar lue-

• Nombran
las córtes ge-
neral en jefe
á Lord Wel-
lington.

go con sus armas hasta las almenas mas elevadas. Pero frustrándoseles sus esperanzas, dásenos vagar para que refiramos lo que ocurrió con motivo de una medida tomada por las córtes en este tiempo, que, aunque motejada de algunos, fué en la nacion universalmente aplaudida. Queremos hablar del mando en jefe de los ejércitos españoles conferido á Lord Wellington. Vimos en un libro anterior la resistencia de las córtes en acceder á los deseos de aquel general, que por el conducto de su hermano Sir Enrique Wellesley habia pedido el mando de las provincias españolas limítrofes de Portugal. Pareció entónces prematuro el paso por la sazón en que se dió, y por no concurrir todavía en la persona de Lord Wellington condiciones suficientes que coloreasen la oportunidad de la medida. Mas, orlada ahora la frente de aquel caudillo con los laureles de Salamanca, y con los que le proporcionaron las inmediatas y felices resultas de tan venturosa jornada, habian cambiado las circunstancias: juzgando muchos que era llegado el tiempo de poner bajo la mano firme, vigorosa y acreditada de Lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, la direccion de todos los ejércitos españoles; mayormente cuando se hallaba ya á la cabeza de las tropas británicas y portuguesas, convertidas por sus victorias en principal centro de las operaciones activas y regulares de la guerra. Tomó cuerpo el pensamiento que rodaba por la mente de hombres de peso, entre varios diputados, aun de aquellos que

ántes habian esquivado la medida, y que siempre se mostraban hoscos á intervenciones extrañas en los asuntos internos. El diputado por Asturias Don Andres Angel de la Vega, afecto á estrechar la alianza inglesa, apareció como primer apoyador de la idea, ya por las felices consecuencias que esperaba resultarían para la guerra, ya por estar persuadido de que cualquiera mudanza política en España, intrincada selva de intereses opuestos, necesitaba para ser sólida de un arrimo extraño, no teniéndole dentro; y que este debía buscarse en Inglaterra, cuya amistad no comprometia la independencia nacional, como sucedia entónces con Francia, sujeta á un soberano que no soñaba sino en continuas invasiones y atrevidas conquistas.

Al Don Andres Angel agregáronse Don Francisco Ciscar, Don Agustin de Argüelles, Don José María Calatrava, el conde de Toreno, Don Fernando Navarro, Don José Mejía, Don Francisco Golfín, Don Juan María Herrera y Don Francisco Martínez de Tejada. Juntos todos estos examinaron la cuestion con reserva y detenidamente; decidiendo al cabo formalizar la propuesta ánte las córtes, en la inteligencia que se verificase en sesion secreta, para evitar, si aquella fuese desechada, el desaire notorio que de ello se seguiria á Lord Wellington, y tambien la publicidad de cualquiera expresion disonante que pudiera soltarse en el debate y ofender al general aliado, con quien entónces mas que nunca tenia cuenta mantener buena y sin-